



LA TRIBU

ANTONIO
GARCÍA BARBEITO

ESA MUJER

Cuando se fueron, los niños le preguntaron a su madre: «Mamá, ¿quién es esa mujer tan buena?»

FUE en la mañana alta de un festivo. Le pidió a su administrador —o era alguien cercano a ella— que la llevara a ver algunas propiedades de la provincia, para ver de qué estaban plantadas o de qué sembradas, para ir teniendo una idea aproximada de sus tierras, aunque no fuera capaz —imposible— de hacer un inventario mental. Pero lo cierto es que aquel día de octubre, cuando las naranjas empezaban a tocarse de oro las mejillas, ella le dijo a su administrador —o a quien fuera— que le diera un paseo por algunas de sus tierras. En el coche iría con ellos, además, un amigo experto en campo, y sobre todo en el cultivo de una de las tierras que visitarían. Y el coche empezó a rodar en busca del Aljarafe, y en el Aljarafe, una de sus fincas, ya fuera de la comarca, cerca de donde el arroz en julio ensaya su verde oleaje, como si alguna vez fuera a ser mar...

Llegaron a la finca, un jardín agrario, una plantación mimada. Apenas pasaron la cancela de entrada aminoraron la velocidad para ver si en los pies de los frutales había manifestado humedad, buen riego. Incluso el entendido en campo bajó un momento y metió la punta de su bota —calzaba unas botas de cuero— en la arena cercana al tronco de los frutales, para asegurarse. No hubiese hecho falta: aquel verdor en las hojas, como si las hubiesen barnizado aquel mismo día, y el presentido amarillo en el verdor apretado del fruto dejaban claro el buen cuidado de la finca. Llegaron al caserío, se bajaron los tres y los esperaba el encargado general, que había ido expresamente ese día a estar con ellos, por aviso del administrador —o quien fuera—, para enseñarles la finca y contarles pormenores. Ella bajó del coche y, desde la loma despejada de árboles al lado de la casa del guarda, miró la inmensidad de copas verdes y, al fondo, los pinos que se levantaban, y vio que por los alrededores de la casa jugaban unos niños. Les dijo a sus acompañantes que se fueran a ver la finca. Ella se acercó a la casa. El guarda la recibió con veinte reverencias, y su mujer, tan humildemente amable, no sabía ni qué decir, ni cómo saludar. Los niños se acercaron; ella los acarició. Y les habló a los caseros de lo único que le preocupaba de aquella finca: «¿Los niños van al colegio? ¿Consideran que están bien pagados? ¿Pasan frío o calor en la casa? ¿Necesitan algo? Que yo no me entere de que necesitan algo y no lo dicen...» Cuando se fueron, los niños le preguntaron a su madre: «Mamá, ¿quién es esa mujer tan buena?» Y la madre: «Esa mujer, hijos míos, es la dueña de todo esto... Es la señora, la señora Duquesa de Alba...»

antonioagarbeito@gmail.com

TRIBUNA ABIERTA

ELLOS CAYERON; SU PROYECTO
Y SUS IDEAS SIGUEN EN PIEGUILLERMO
RODRÍGUEZ-
IZQUIERDO

Jesuita

Recuerdo en los 25 años del asesinato de seis jesuitas y dos mujeres en El Salvador, el 16 de noviembre de 1989

HAN transcurrido 25 años de los asesinatos en la Universidad Centroamericana del Salvador (UCA) de seis jesuitas y dos mujeres, madre e hija, el 16 de noviembre de 1989. Fueron:

- Ignacio Ellacuría (Portugalete, Vizcaya, 1930)
- Segundo Montes (Valladolid, 1933)
- Ignacio Martín-Baró (Valladolid, 1942)
- Amando López (Cubo de Bureba, Burgos, 1936)
- Juan Ramón Moreno (Vallatuerta, Navarra, 1933)
- Joaquín López (Chalchuapa, 1918)
- Julia Elba
- y su hija Celia Ramos.

Muchos profesores de ETEA, jesuitas y no jesuitas, han colaborado y enseñado, en estancias largas, en la Universidad Centroamericana (la UCA) de El Salvador. Ellos pueden hablar con más conocimiento; yo solo he estado allí una vez, muy pocos días, en agosto de 1985.

El país estaba entonces en guerra. En las carreteras a cada trescientos metros más o menos se veía un muchacho, algunos de unos 14 años, vestido de soldado, con un fusil. En la capital, San Salvador, me llevaron a visitar un lugar donde malvivía un grupo grande de refugiados que solo allí se sentían seguros. Celebramos con ellos la Eucaristía. El jesuita que nos llevaba y que presidía la celebración les dijo que podían fiarse de nosotros. Prácticamente todos levantaron la mano cuando les preguntaron, para que lo viésemos, a cuántos de ellos les habían matado a alguien de su familia.

Los jesuitas me llevaron a El Paisnal, a visitar las tumbas del jesuita Rutilio Grande y del joven catequista que lo acompañaba cuando ambos fueron asesinados en un camino rural el 12 de marzo de 1977. A raíz del asesinato de Rutilio el arzobispo de San Salvador, Monseñor Óscar Romero, denunció con mayor osadía, en homilías serenas y valientes, las matanzas y tragedias que se sucedían en el país. El 24 de marzo de 1980 lo mataron también a él mientras celebraba la Eucaristía.

En medio de aquella situación, la Universidad, la UCA de El Salvador, continuaba su trabajo. Habían

pasado cinco años desde el asesinato del arzobispo Romero. Los jesuitas de la UCA lo recordaban con veneración. Me comentaban su cercanía al pueblo, su valentía, su entrega, su firmeza al salir en procesión en la plaza de Aguilares llevando la custodia aunque le apuntaban los fusiles. Me contaban con satisfacción que cuando Monseñor Romero tenía que mandar informes a Roma pedía a los jesuitas de la UCA que le ayudasen y ellos estaban con entusiasmo hasta las horas de la noche que fuera preciso trabajando para él. Me decían: «Los que lo mataron sabían lo que hacían. Todo sigue, pero sin él no es lo mismo».

Yo no conocí a todos los jesuitas que fueron asesinados, pero me impresionó mucho el trabajo de Ignacio Martín-Baró, entonces vicerrector. Vi en él a quien desde la cocina, sin figurar, con horas largas de trabajo oculto diurno y nocturno en su ordenador, dedicaba su entrega y competencia a preparar mucho de lo que después aparecía como labor de la Universidad y de la Compañía de Jesús.

Entre estos jesuitas, Ignacio Ellacuría era un líder nato. Donde estaba, su figura se imponía. Ignacio fue un intelectual; pocos meses antes de ser asesinado impartía un curso de doctorado en la Universidad Pontificia Comillas. Creo que fue el discípulo más querido de Javier Zubiri. Después de la muerte de Zubiri, su viuda, Carmen Castro, me contaba que cuando Ignacio Ellacuría les anunciaba que iba a visitarlos, ella decía a su marido: «Javier; tenemos que hacer estas cosas»; y Zubiri le respondía: «Déjame, Carmen, hoy

déjame, que va a venir Ignacio y me va a preguntar qué he hecho».

Para Ellacuría la Universidad, además de dar títulos y por encima de eso, tenía que ser un proyecto social, una instancia de transformación de la sociedad. Para realizar eso tenía que conocer mejor que nadie el país. La República de El Salvador tiene aproximadamente una extensión como las provincias de Sevilla y Cádiz juntas. Ellacuría quería que la Universidad tuviese todos los datos posibles sobre la realidad física y social del país. La Universidad tenía más información que el gobierno y podía ayudar, proponer soluciones.

Los jesuitas temían este final. Algunas noches iban a dormir a casas de ami-

gos, cambiando de un sitio a otro. No eran superhombres, pero eran firmes en lo que sabían que era su misión. Cuando estaban en casa, de noche, cada ruido de un coche que pasaba les hacía pensar: «ya están ahí». Una noche fue trágicamente verdad: allí estaban y bien provistos de munición. Fue horrible.

La vida y la muerte de todos ellos nos han hecho ver más que ninguna otra cosa que lo que pensaban e hicieron vale la pena. Ellos cayeron; su proyecto, su visión y sus ideas siguen en pie. De todos modos, los echamos de menos. Sin ellos, no es lo mismo.

